



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 48.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO:

La casa de una reina, por don Florentino San.—En el abanico de la señorita doña M. V. L., poesia, por la señorita doña Eloisa Gonzalez.—Solo un Dios y solo un culto, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA CASA DE UNA REINA.

SIGLO XV.

Serian las doce de una noche serena del mes de Mayo: la luna se vislumbraba entre aplomadas nubes plateando apenas las erguidas torres de Medina del Campo, córte á la sazón de los reyes Católicos.

Dos ginetes avanzaban á buen paso por el camino que destaca desde esta villa á la de Arévalo, distante una jornada de tres horas. Era el uno un caballero jóven, alto y de aventajado talle, barba espesa y negra, y agraciada fisonomía: montaba un brido tostado de blancas crines, y amen de su armadura, ceñía un largo acero toledano cuya contera golpeaba los cuadriles del gallardo bruto. Á su derecha, y cabalgando en un overo descolado, iba una dama en cuya hermosura varonil se traslucía aun á des-

pecho de su edad, que podria frisar en los diez lustros. Era su trage entre guerrero y cortesano, y así participaba de las preseas de una dama, como de los arneses de un caballero.

Cuando los dos ginetes se hubieron alejado un buen trecho de Medina, enfrenaron sus bridones, dejándoles caminar á su ordinario paso; y despues de un momento de silencio dijo la dama á su compañero de viage:

—Nadie ha parado mientes en nuestra partida, segun presumo, merced á tu sigilo y buena diligencia.

El caballero inclinó la cabeza y besó respetuosamente una mano que la dama le alargaba con la mayor dulzura.

—¿Pusiste aquella carta sobre la mesa de Fernando?

—Todo lo hice segun las órdenes de Vuestra Alteza.

—No he querido participarle este designio, por no empeñarle á que me acompañara en tan pueril expedicion. Cuando lea mi carta...

—Aplaudirá en el alma el noble pensamiento de Vuestra Alteza y....

—Basta, Tello. Ahora no soy mas que una dama que peregrina con su caballero; y nunca los

caballeros dan tratamiento á las damas que se encomiendan á su custodia.

El doncel volvió á inclinar la cabeza en señal de respetuosa gratitud. La dama prosiguió:

—Há ya muy largos dias que abrigo este deseo, y no he querido dejarle sin satisfaccion. Es deseo que así me aqueja en la corte y entre el bullicio de una fiesta, como entre el polverío del campo de batalla.

—Y digno es tal deseo del noble corazon de Vuestra Alteza....

—Dale con la Alteza.... Tello, los caballeros han de ser mas obedientes á las damas en cuya guarda se empeñaron.

—Perdonadme, señora; mi deber....

—Vuestro deber es no desagradar á la dama que vá en vuestra compañía. ¿No son las torres de Arévalo aquellas que al lejos se distinguen como unas lanzas negras que tocan en las nubes?

—Sí, á fe.

—Cuántos recuerdos se despiertan en mi mente á su presencia. ¡Arévalo! Allí respiré tranquila en las horas serenas de mis primeros años! allí... ¡Qué dulces son los recuerdos de la infancia! Allí se alzan aun los negros paredones de una casa sombría.... En ella ha repetido el eco mis inocentes cantinelas.... Allí han resonado por vez primera mis oraciones..... Há ya mas de treinta años que pisé por última vez el dintel de aquella casa: que miré, para perderle despues de vista, su denegrido muro... ¡Amada casa mía! quiero volverla á ver antes de morir.... será un capricho tal vez, pero no he podido resistir al deseo de contentar este capricho de mi alma. ¡Arévalo! Á vista de esas torres cuyas campanas me han despertado tantas veces, requiriéndome otras al blando sueño al anunciar la vela, al contemplar esas murallas en cuyo recinto ví tantos dias el nacimiento y la muerte del sol que doraba con sus rayos mi vivienda, ¡como palpita este corazon preñado de recuerdos!

La dama exhaló un suspiro, y clavando sus ojos en el cielo, mantúvose un instante como entregada á un éxtasis profundo.

Siguiendo despues su marcha silenciosamente, los dos ginetes llegaron á las murallas de Arévalo, atravesando el puente llamado de Medina.

—Cerrada está la puerta, dijo á la dama el caballero; llamar será preciso....

—No es por aquí la entrada que yo busco; seria forzoso atravesar toda la villa: sígueme.

La dama hizo girar su bridon hácia la derecha, imitóla el caballero, y entrambos caminando rio arriba del Arevalillo, por bajo de las mu-

rallas, atravesaron los arrabales, yendo á dar á la puerta de san José, nombre que conserva todavía un arco almenado en cuyas quiebras y roturas mece hoy el viento la yerba envejecida de cuatro siglos.

Á la sazón un peregrino que acababa de llegar, golpeaba la tosca puerta con su bordon, abierto, y reseado por el sol de la Palestina.

—¿Quién vá? respondieron desde adentro.

—Ave María purísima; hermanos, abrid á un pobre Romero que demanda hospitalidad.

—Buena hora de pedir hospitalidad, ¡voto al rey Chico de Granada! Venga despues del dia que estará la puerta de par en par.

—¡Veinte leguas traigo andadas: hermanos, por amor de Dios!....

—Váyase el vago, y déjenos dormir. ¿No hay mas que bordonear para vivir sin trabajo? Vaya, márchese el Palmero, que tenemos sueño.

Los dos ginetes se habian quedado algunos pasos á la espalda.

El peregrino continuaba golpeando la puerta con su bordon, pero inútilmente.

—¿Oyes? dijo la dama al caballero; ¡no abrirán aunque se hunda el mundo!

—Á nosotros nos abrirán, estoy seguro de ello.

—¿Qué dices?... Pluguérame mas haber hecho en valde esta jornada que ver en mis reinos tamaña injusticia.

—Si no quereis convenceros de una verdad que desconsuela, partamos sin llamar.

—¡No, Tello, no!.... Quiero apurar hasta qué punto viven engañados los reyes de la tierra; quiero ver, dama oscura y desconocida, lo que jamás alcanzarían los ojos de Isabel la Católica entre el esplendor y el humo de una corte lisongera.

El peregrino, cansado ya de llamar en valde, sentóse en un canton murmurando entre dientes palabras de enojo y de impaciencia.

Acercóse Tello á la muralla y tocó levemente en los portones con el pomo de su espada: al instante, la misma voz que á los del peregrino respondió á sus golpes, pero con mas dulzura, como dando á cada sonido su eco conveniente: un oido esperto habia encontrado al punto la diferencia que hay entre los golpes de un grosero bordon y los de una espada toledana con pomo de oro.

—¿Quién vá?

—Caballeros que han menester entrar en la villa.

—¿Al instante?

—Al instante.

—Por Dios, que es imposible: á tales horas no tenemos orden de abrir la puerta.

—Pues abrid sin orden.

Sintióse adentro prolongado murmullo; pero un bolsillo repleto de oro que Tello arrojó por cima de la muralla, puso fin á las dificultades; y en breve crugieron los barrotes y quedaron las puertas de par en par.

—Entrad, caballero; dijo al portillo un hombre rechoncho y colorado cuya chata nariz se perdía entre unos bigotes rojos ensortijados hacia arriba.—Entrad.

Hiciéronlo así los dos ginetes; y acercábase ya el peregrino para hacer otro tanto, cuando la puerta crugió sobre sus quicios y cerrándose de golpe lo dejó fuera de la villa.

—¡Bien, por Dios! gritó el Romero dando en el suelo con su bordon; abrense las puertas á los nobles caballeros y dáse con ellas en los ojos á un peregrino. ¿Es esta la justicia de nuestros reyes?

—Buen Palmero, gritó desde adentro una voz de mujer; idos mañana por Medina.

—¡Medina! murmuró entre dientes el peregrino; por Santiago! esa es la corte, y á ella dirijo mis pasos desde bien lejos.

Y atravesando los arrabales, echó por el camino de aquella villa.

Había caminado como una hora escasamente, cuando sintió á su espalda el galope de dos caballos. Despuntaba ya la aurora, y á su luz pudo reconocer á los dos ginetes de aquella noche, los cuales le gritaron al pasar á su lado rápidamente.—«Idos por Medina.»

Quiso responderles, pero ellos se alejaron como una flecha y á poco los perdió de vista.

En la misma mañana el peregrino, acompañado de dos pages subía la escalera del palacio de los reyes en Medina del Campo.

Al entrar en una espaciosa cuadra, encontróse delante de la reina doña Isabel I, y, reconociendo en ella á uno de los ginetes de la noche antes, arrojóse á sus plantas exclamando con trémulo acento:

—¡Perdon, perdon!

—Alzad, buen Romero, le dijo aquella reina magnánima; alzad. Pasad hoy mismo por Arévalo y os abrirán á cualquier hora. Mirad con atención á la puerta de San José, y no tendreis que quejaros de la justicia de vuestros reyes.

Y entregándole un bolsillo de oro, que él aceptó con repugnancia, despidióle de su presencia con una sonrisa bondadosa.

En la noche de aquel día, entraba el peregrino ya muy tarde por los arrabales de la villa de Arévalo. Cuando hubo llegado á la puerta de San José, quedóse inmóvil un momento como un hombre petrificado por los conjuros de una bru-

ja. Al pálido reflejo de la luna distinguíase pendiente de dos almenas una cabeza ensangrentada, cuya chata nariz se perdía entre unos bigotes rojos ensortijados hacia arriba.

—¡Jesus!! borboteó santiguándose el aturdido peregrino; ¡Jesus!! y golpeando apenas en las puertas que al instante se abrieron, entró en la villa por la calle de San José, no sin encomendar al mismo santo el ánima pecadora.

Después de cuatro siglos, aun existe en Arévalo, y en la calle llamada de San José, una casa de pobre fondo y apariencia sombría, cuyo muro nada dice á los moradores de la villa, cuando estos, al pasar por delante de sus pizaras, le dirigen por acaso una mirada indiferente. Bien niño todavía, contemplé yo aquel muro por vez primera, con ese sentimiento indefinido de dulce melancolía que despiertan en el alma los mas añejos paredones, si guardan un solo recuerdo entre sus piedras ennegrecidas. Á vista de aquella casa ¡cuántos altivos pensamientos han bullido en mi mente de niño, exaltada con los recuerdos de otros días!.... Aun á despecho de su apariencia mezquina y pobre, yo he creído columbrar sobre sus muros un rótulo invisible, pero claro y distinto para el alma que le adivina y le comprende; y en él estas palabras escritas con indelebles caracteres:—*Aquí moró en un tiempo la Reina doña Isabel I de Castilla.*

Florentino Sanz.

EN EL ABANICO

DE LA SEÑORITA DOÑA M. V. L.

Quizás entre los pliegues
De tu abanico,
Viene á guardar la brisa
Leve suspiro.
Quiera Dios, niña,
Que suspires tú siempre
Como la brisa.
Quiera Dios que en tu frente
Serena y pura,
Jamás tienda su sombra
La desventura.
Y cuando llores,
Que broten de tu llanto
Las ilusiones.
No olvides en tus horas
De dicha y calma
Que hay seres que muy triste
Tienen el alma:
Y cuando reces

Reza una Salve, niña,
 Por esos séres.
 Adios, si entre los pliegues
 De tu abanico
 Viene á guardar la brisa
 Leve suspiro,
 Pide á Dios, niña,
 Que suspires tú siempre
 Como la brisa.

Eloisa Gonzalez.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(CONCLUSION.)

Una, pues, en los brazos de otra pasaron mucho tiempo mezclando sus palabras y su llanto, y mientras que Elena hablaba y pedia al cielo por su hermana, Fanni repasaba las hojas del devocionario y contemplaba lentamente algunas de sus páginas.

Un mes habia trascurrido apenas. Carlos no habia dejado de ver á Elena un solo dia, y aunque ignoraba la verdad de los sucesos ocurridos, tenia la conviccion de que la jóven era tan cándida como el niño dormido en el regazo de su madre.

Sabia que algun misterio, que algun secreto se habia encerrado en su conducta; pero sabia tambien que en nada la perjudicaba, cualquiera que éste hubiera podido ser.

Además, convencido que Ricardo iba á unirse con la hija del banquero renunciando enteramente á Elena, la esperanza, apagada algun tiempo en su pecho, habia empezado á animarle de nuevo, y á brillar tímida y vacilante en el horizonte de su vida.

—Quién sabe, se decia, si aun podré labrar su ventura! ¿quién sabe si esa pasion se borrará de su mente como se borra del cielo una nube, y como ante un rayo del sol se borra la tempestad! El destino ha puesto un abismo entre Ricardo y ella; ya lo sé; un abismo que ha abierto aún más por su propia mano, y por su propia voluntad. ¿Por qué no he de esperar, pues, que ese destino la acerque á mí, á mí que la amo siempre, que creo en ella, y en cuyo afecto no hay un átomo de egoismo, ansiando solo su ventura? esperemos, pues, esperemos!

Y como un hermano, como una madre, seguia junto á la jóven, y la prodigaba toda clase de

consuelo, toda clase de atenciones, toda clase de cuidados sin pronunciar una vez la palabra *amor* en sus oidos.

Y por un misterio extraño del corazon, por uno de esos fenómenos que no nos sabemos explicar, á medida que se acercaba el dia de la boda de Dervil, reaparecia el antiguo afecto que Carlos profesaba á éste, y se disipaba la nube que habia entibiado su amistad.

Ese dia amaneció por fin.

Fanni quiso que la acompañase Elena, y para obligarla á ello,

—Es forzoso que vengas, la dijo: es forzoso: si nó, dudaria de tu cariño, cuando quiero darte una prueba solemne del mio.

Héctor tambien la habia suplicado que asistiese á la ceremonia nupcial escribiéndole á su vez:

«Hija mia, consuma tu sacrificio; pero ven á recibir la recompensa de tu abnegación: tu padre te lo ruega, accede á su súplica, ven esta noche, y si es posible ven acompañada de tu anciano abuelo, á quien deseo ver una vez!»

La jóven se habia admirado al leer estas frases estampadas en un papel y firmadas por Héctor; pero se resolvió á obedecer, sin pensar en lo que podia suceder, y sin pedir explicacion alguna.

En todo aquel espacio de tiempo habia hablado muy pocas veces con Héctor, y aun la misma Fanni parecia muy retraida y dominada por un pensamiento oculto.

Veia poco á su amiga, y no mandaba tan á menudo á buscarla.

Cuando Elena la habia preguntado algo con respecto á su conversacion pasada, le habia contestado siempre:

—Espera! pero nada mas.

Solo una vez que la jóven habia entrado en su dormitorio inexperadamente habia visto el devocionario, regalo de Ricardo, abierto, y húmedas algunas de sus páginas.

Héctor habia deseado que la ceremonia nupcial tuviese efecto en su propia casa, para lo cual se habia improvisado un sencillo y elegantísimo oratorio, donde nada se habia escaseado, ni las flores, ni las luces, ni las gasas, ni el oro: todo eso, que forma un magnífico conjunto, que prueba nuestra adoracion y el tributo de respeto que debemos á la suprema divinidad.

Tambien por voluntad del banquero, la celebracion del matrimonio debia tener lugar por la mañana, y sin mas testigos que los indispensables, aunque despues se admitiesen mas número de personas á la magnífica recepcion dispuesta de antemano.

Como testigos debian figurar Carlos, por ser amigo del futuro esposo; Don Martin, invitado por Fanni y el banquero, nada mas.

Elena, ya lo hemos dicho, no podia eximirse de estar al lado de su hermana, porque ésta y Héctor lo habian exigido así, y la jóven, aunque con el corazon traspasado, habia tenido que acceder.

¿Qué pretexto hubiera podido dar á la que la llamaba con tanta ternura su amiga? ¿qué hubiera podido alegar para no estar á su lado en tales momentos, que no hubiese revelado el secreto de su corazon?

Oh! nada: era preciso beber aquel cáliz hasta el fin.

Además, no sé qué secreta esperanza se abrigaba en el corazon de Elena, brindándola algunas horas de alegría tras la amargura de aquella prueba.

La idea de que su abuelo fuese con ella la inquietaba algun tanto; pero tambien la hacia soñar vagamente con algun suceso extraordinario que la sirviese de consuelo en el porvenir.

Llegó el dia tan anhelado por Fanni como temido por Elena.

El extenso oratorio, iluminado y lleno de aromas, estaba dispuesto,

El sacerdote habia llegado muy de mañana y Elena con D. Martin, á quien la misma Fanni habia ido á rogar que la acompañase, estaban allí tambien.

Carlos, seguido de Ricardo, rigurosamente vestido de negro, acababan de llegar.

Todos penetraron en el oratorio.

Fanni, modestamente cubierta con un traje de raso negro, se acercó á Dervil y le dijo con dulce voz, pero grave y solemne al par:

—Ricardo: hoy se fija para siempre nuestra suerte, y anhelo que no solo se unan nuestros corazones y se estrechen nuestras manos para cruzar la senda de la vida, sino que quiero mucho mas: quiero que se unan nuestras almas en la eternidad!

—Qué vas á decir?

—Tú nada has exigido de mí; pero al saber que eres católico, he querido serlo tambien.

—Tú! dijo Ricardo con afán.

—Sí, respondió ella lentamente. Al tomar esta determinacion, me guió en un principio la idea de que estando separados en las creencias, llegaria sin duda un dia en que lo estaríamos en la opinion, en los deseos y en el amor. Despues.... despues Dios ha iluminado mi espíritu derramando en él los tesoros de la fé; he amado, he creído, he esperado, conociendo que el bien y la verdad se encierran en el cristianismo, cuyos

dogmas venero, y cuya doctrina abrazo con todo mi corazon!

Ricardo sintió que llenaba su alma un mundo de suprema alegría, pero su emocion era tal que solo pudo estrechar la mano de la jóven y murmurar á media voz:

—Oh! gracias; yo te juro que lo que has hecho por amor mio, con mi amor lo sabré pagar.

—No he sido yo sola, respondió Fanni; no he sido yo sola quien ha resuelto este cambio: ha sido un ángel quien me lo inspiró, mostrándome la senda que debia seguir.

Entonces se acercó á Elena, que habia permanecido medio oculta en un extremo de la estancia, y la dijo estrechando su mano con efusion:

—Á tí te debo esta felicidad que siento en mi alma: á tí te debo la idea de abjurar los errores del protestantismo, como voy á hacerlo ahora: tuya fué la iniciativa, y por eso te he rogado que vinieses hoy; queria darte la dulce sorpresa de que supieras que desde este instante vamos á ser realmente hermanas, puesto que ambas tendremos una misma madre: ¡la Virgen María, y que nos ligará el mismo culto y la misma fé!

Elena se arrojó en sus brazos llorando; pero aquel llanto era de gozo. ¡Ay! para ella tenia un doble valor el título de hermana, que la inocente Fanni la dada en aquel instante.

—Solo te ruego que tú, que tienes mas méritos ante Dios, me acompañes ahora, que antes de ceñir á mi sien el velo de desposada, voy á sentir caer sobre ella las aguas del bautismo. Preparada estoy ya por este anciano sacerdote: este era mi secreto y mi retraimiento de estos dias; querrás ser mi madrina, Elena?

—Sí, respondió ésta, estrechándola contra su seno; sí, y bendita seas tú, que me has hecho hoy llorar de placer!

Fanni, comovida, pero humilde y llena de fé, se arrodilló en el tribunal de la penitencia, para prepararse á la augusta ceremonia que iba despues á tener lugar.

Cuando ella terminó su confesion, Héctor tambien se postró en tierra ante el sacerdote, y de sus lábios, trémulos y temblorosos, brotó la relacion de su vida entera, y la retractacion de sus errores pasados.

El amor y el llanto de Elena habian alcanzado la regeneracion de su alma!

La jóven le miró con sorpresa, pues dudaba aun de lo que veia, y al convencerse de que su padre volvia su corazon á Dios, invocó el nombre de su madre, y le envió á los cielos aquella nueva dichosa, envuelta en una ferviente plegaria.

Héctor recibió al par que Fanni á Dios en su pecho, con un fervor y un arrepentimiento grandes y sinceros; pero él necesitaba solo la absolución y el perdón, y no el sacramento del santo bautismo.

Por eso, mientras la jóven fué á vestirse de blanco y á coronarse de flores para llegarse al altar, su padre quedó en el oratorio con las demás personas presentes allí.

Entonces Héctor, que aguardaba sin duda aquel momento; Héctor, cuya conversión habia sido real y profunda, se adelantó algunos pasos, y con un acento de humildad sencilla,

—Ahora, dijo, ahora, me toca cumplir un deber.

Todos le miraron con asombro, y D. Martin hizo un movimiento de sorpresa que le obligó á dar un paso hácia el banquero.

Parecía que su voz, que oía por vez primera, despertaba un eco en su corazón.

—Sí, continuó Héctor; debo cumplir un deber rehabilitando á una niña inocente, cuya pureza se ha puesto en duda, é implorando el perdón de un anciano cuya existencia he llenado de amargura.

—¿Qué es esto? exclamó Carlos adelantándose con rapidéz.

—Tambien quiero manifestar al que va á ocupar el puesto de hijo mío, mi verdadera posición, mi situación presente y confiarme á su generosidad, dejándole libre de realizar ó no este enlace, pues aunque de él depende la felicidad de Fanni, aun es tiempo de deshacerlo. Ayer pensaba callar hasta que estos lazos se hubieran anudado indisolublemente: hoy, Dios y mi deber me mandan hablar, y estoy resuelto á ello.

—¿Qué va V. á hacer? preguntó Elena con afán.

—Publicar que eres mi hija, la hija de la infeliz Consuelo, cuya desdicha labré; publicar mi próxima ruina, el sacrificio que llevas á cabo por salvarme de ella: todo en fin, pues el culpable debe humillarse, ya que el pecador se arrepiente!

Elena se cubrió el rostro con las manos.

Ricardo la miró murmurando al par:

—Era inocente!

Y Carlos, alzando al cielo los ojos con expresión de gratitud inmensa,

—Oh! exclamó; bien sabia yo que no podia ser culpada!

D. Martin, aquel anciano tan desgraciado, corrió en el primer momento hácia su nieta, y mirándola con amor,

—Con que era tu padre! oh! bendita sea tu virtud, que es la corona de mis canas.

Luego volvió sus ojos hácia Héctor.

En aquella mirada habia un mar de amargos reproches.

—Hace muchos años, dijo con voz sorda, que le pedia á Dios que pusiera á V. en mi camino.

—Héme aquí, balbuceó el banquero inclinándose la frente ante el anciano.

—No era así como yo queria verle! no es al hombre que se arrepiente y que se humilla al que se puede castigar!

—Dios me ha perdonado en este momento; será V. mas inflexible que Él?

—Es mi padre! exclamó Elena temblando y juntando sus manos en ademán de súplica.

—Oh! ese título le alcanza mi perdón; ¿qué podré yo negar al que te ha dado la vida, á tí, que has sido el sosten y la alegría de mi vejez, á tí, que me has hecho olvidar el pasado, y que has llenado mi corazón de todos los amores que le faltaban? Yo le perdono!

—Gracias, exclamó Héctor; gracias. Ahora le toca á V., Ricardo.

—¿Á mí? exclamó Dervil, que lleno de diversas emociones, habia contemplado aquella escena.

—Especulaciones desgraciadas, murmuró Héctor, habian destruido casi todo mi caudal cuando su padre de V. puso el suyo en mis manos. El afán de rehabilitar mi fortuna me hizo admitir aquel depósito: hoy, pues, todo cuanto poseo, mi crédito, mi nombre, mi porvenir, le pertenece á V. Yo no tenia mas que un tesoro, y queria dárselo en cambio de todo esto; queria además trabajar algunos años y ganar de nuevo el dote de Fanni; para ello necesitaba llevar á cabo este enlace, que su padre de V. desea; pero antes de engañarle prefiero la ruina, el deshonor y la miseria. Ahora ya lo sabe V. todo. Fanni es pobre. Yo, si V. rompe este matrimonio, estaré mañana deshonrado! obre V. segun le plazca! he cumplido con mi deber; pero solo le ruego, solo le pido que Fanni ignore siempre cuanto acaba de pasar aquí; que no dude nunca de la lealtad de su padre, pues esto la mataria de pesar, como acaso mató á su madre.

Hubo algunos instantes de silencio.

Dervil parecia vacilar.

Sus ojos, fijos en Elena, le pedian acaso consejo, le pedian fuerza para adoptar una decisión.

Entonces la jóven se aproximó á él, y con una voz muy baja, pero que parecia un gemido del alma,

—Ricardo, dijo, ten piedad de mi padre; ten piedad de mi hermana! sé grande y generoso, y sálvalos á los dos.

El jóven nada contestó.

Solo en la palidez de su frente se adivinaba la lucha que tenia lugar en su alma.

En aquel instante Fanni, con su blanco traje de blonda, su corona de flores de azahar, con el rosario de perlas, símbolo de su nueva creencia arrollado en el brazo, y sus blondos rizos, perdidos entre una nube de gasas, coronando su frente, apareció á la entrada, bella como un ángel, pudorosa y modesta como una vírgen cristiana, sonriente como una hermosa alborada de mayo, y se dirigió á Dervil con la felicidad en el alma y la esperanza en el corazon.

—Ya estoy pronta, exclamó; ya estoy pronta, Ricardo.

Todos miraron al jóven con ansiedad.

Todos aguardaron extremecidos su respuesta.

Dervil pasó una mano por su frente, fijó su vista en Fanni, tan pura, tan tierna, tan confiante: su alma se sintió dominada por tanta belleza y tanto candor, y tendiendo hácia ella su mano,

—Vamos, amada mia, dijo, vamos hácia el altar.

Un instante despues, unia la jóven al nombre de cristiana, el antiguo y noble apellido de los Dervils.

Cuando todo estuvo terminado, los dos esposos fueron los primeros en salir, porque algunos amigos del banquero les aguardaban ya para darles su cordial felicitacion.

Elena, que habia caido de rodillas ante el altar, vió muy cerca á su padre, y se levantó bañada en lágrimas.

—Hija! ¡a dijo Héctor, viéndola próxima á caer y recibéndola en sus brazos; hija, enjuga ese llanto!

—Ahora no pueden verme! están entregados á su alegría. Pero ya lo vé V.; á ella era á quien amaba!

—Sí, tienes razon! que no sepa nunca....

—Cálmese V.; Fanni ignorará siempre lo que ha pasado.

En aquel instante se oyeron las voces de los criados que preguntaban por el banquero, pues algunos convidados iban empezando á llegar.

—Me buscan, exclamó Héctor; y si me detengo pueden sospechar....

—No, vaya V., vaya V.; yo me tranquilizaré entre tanto, y pediré á Dios fuerza y valor.

Héctor salió precipitadamente, besando antes la frente de Elena.

—¡Oh Dios mio! murmuró ésta viéndole alejarse; estoy sola, sola en el mundo: ninguno de esos amores puede llenar el vacío que queda en mi corazon.

—Sola, no, hermana mia; aun estoy yo aquí!

exclamó Carlos acercándose rápidamente; yo, para quien lo eres todo en el mundo; yo, que hace muchos años te adoro en silencio y estoy consagrado á tí; yo, que te pido ahora como único premio y como única ventura que me permitas amarte y que me dejes darte consuelo.

—Carlos! exclamó Elena estremecida ante el apasionado acento del jóven; Carlos, ¿qué dices? ¿puede haber esperanza para mí?

—Sí, hija mia, sí; respondió D. Martin viniendo á colocarse entre ambos jóvenes; espera y confía: eres muy jóven aun. Las tempestades de la primavera son fugaces, y tras la lluvia y el relámpago brilla mas puro el claro sol. Tu edad es la primavera de la vida, y tras sus nubes y sus vientos están las flores, los perfumes, la dicha y la luz.

—¡Padre mio!

—Además, tienes grandes tesoros que valen mucho, Elena: el amor de dos corazones leales, y el testimonio de una conciencia pura y tranquila!

Para manifestar á nuestros lectores la suerte de los personajes que han figurado en nuestra narracion, un año despues de los sucesos referidos, copiaremos dos cartas que bastarán á satisfacer la curiosidad de los que hayan leído con interés estas sencillas páginas.

La una es de Elena para su padre, la otra es de éste para Elena, y dice así:

«Londres.....

Te escribo, Elena mia, despues de algunos meses de ausencia, para darte dos noticias, ambas gratas para mí, y para contestar al par á la tuya.

Tú sabes los sucesos de mi vida pasada, hija mia, y sabes, por consiguiente, que un gran peso oprimia mi corazon y pesaba sobre mi conciencia.

Este era la muerte de Julio, cuyos pormenores leiste en el manuscrito de tu madre; hoy pues puedo decirte que soy inocente. No fui yo, no fui yo quien descargó el golpe sobre aquel infeliz jóven; ¡no fui yo! esta palabra quisiera estarla repitiendo á todas horas, y estarla siempre oyendo tambien. Williams fué, hija mia, Williams fué quien asesinó á aquel hombre, y quien valido de la oscuridad me hizo responsable de aquel hecho.

Este hombre funesto que tanta influencia ha ejercido en mi destino, ha muerto solo, sin familia, arrepentido quizá, pues antes de espirar me ha dirigido una carta revelándome todo, y devolviéndome parte de las riquezas que se habia llevado consigo.

¿Pero que valen estás, comparadas con la paz que ha devuelto á mi espíritu? ¿qué valen estas ante la frase de «yo fui quien herí á Julio, tu mano no vertió una sola gota de su sangre?» oh! desde que las he leído, respiro con mas libertad, alzo mi frente, y me creo con derecho á que me llamen hombre honrado.

Ahora voy á hablarte de Fanni, de tu hermana, cuya vida feliz y tranquila no han alterado jamás las penas del alma, gracias á tí, gracias á tu santa virtud.

Ricardo la amaba, no tengo duda; sin embargo anhelaba dejar á Madrid, anhelaba acaso separarse de tí, cuya presencia le hacia sufrir. Ya sabes que salimos de España, ya sabes que vinimos á Londres bajo el pretexto de que Lord Dervil queria abrazar á sus hijos.

Pues bien, en este apartado suelo, junto á las riberas del Támesis, bajo las nebulosas brumas de este cielo, el pensamiento de Ricardo volaba aun en torno tuyo, y mil veces le sorprendí con los ojos vueltos hácia el Mediodia, y tu recuerdo en el pensamiento. Tu hermana tambien ha escuchado alguna vez tu nombre en sus lábios en medio de su sueño, pero sin sospechar en su inocencia el sentimiento que le inspirabas.

Dios sin embargo ha querido poner un término á esta situacion. Dios ha llenado su alma con un nuevo amor, y este amor ha estrechado los lazos que le unian á su jóven esposa.

Fanni es madre! una hermosa niña ha venido á embellecer este hogar, y la presencia de este ángel ha borrado para siempre todas las memorias pasadas del alma de su padre.

Desde que tiene una hija, su frente se ha despejado, su corazon se ha ensanchado, y al posar sus lábios sobre la frente de esta niña, «ahora sí, ha dicho, ahora sí que soy completamente feliz! el amor de padre, el amor de esposo son los amores eternos: los demás son como la sombra que se desvanece al primer rayo de sol.»

En cuanto á Fanni es enteramente dichosa, adora á su esposo, y es adorada de cuantos la rodean: me tiene á mí, sonríe á su hija y piensa mucho en tí; en tí á quien llama siempre su hermana, sin sospechar que lo eres, y á quien bendice á cada instante por haberla inspirado las primeras ideas de religion, haciendo que en su santo hogar haya solo un Dios y haya solo un culto, base de la paz, de la union y de la felicidad de la familia.

Ella te bendice y yo tambien, Elena mia! Oh! qué hubiera sido de todos nosotros sin tu abnegacion y sin tu amor!

Ya ves sin embargo que Dios te ha premiado,

puesto que á tu vez, vas á ser dichosa junto á Carlos, junto á ese jóven noble y digno de una esposa como tú. Sí, yo doy mi consentimiento para esa union, y el cielo haga que seas en ella tan feliz como mereces serlo. Adios, hija mia, adios y pídele por tu padre.—HÉCTOR.»

Padre de mi alma! bendito sea el cielo que ha devuelto la paz á su espíritu, y tambien al mio.

Sí, yo soy ya feliz. El amor de Carlos, grande inmenso, inquebrantable, ha conmovido al fin mi corazon, y hoy soy su esposa, su esposa fiel y buena; la compañera de su vida, que le estima y le admira sobre todos los hombres.

Y qué, ¿este amor tranquilo, basado en el conocimiento de sus altas cualidades, no vale más que esa pasion de los primeros años cuya causa no nos explicamos?

Sin duda que sí.

Al ver á Carlos un dia y otro junto á mí, sin exigirme una palabra de amor sin proferir una queja, pronto á hacer mi voluntad, complaciente siempre; poco á poco la simpatía se ha trocado en afecto, y el afecto en eterno amor.

Cuando sentada á su lado, en nuestra modesta casa, y acompañando al noble anciano que tanto nos ama, veo pasar las horas sin temor al porvenir, bendigo á Dios que envia la calma tras la borrasca, y la luz de la aurora tras la sombría noche.

El corazon de Carlos ha sido el puerto donde se ha salvado del naufragio mi pobre corazon, y donde mi alma ha encontrado la paz.

Gracias, padre mio, por sus dones, gracias por su regalo de boda: nosotros para ser felices necesitamos muy poco!

Cuando el espíritu se eleva á Dios, cuando el corazon se desprende de las vanidades de la vida, cuando la felicidad reside en el alma, de nada sirven las riquezas, ni la posicion, ni los honores.

Nosotros pues nada necesitamos, apoyados el uno en el otro marchamos por la senda de la vida, yo siendo la débil yedra que busca amparo, él siendo el fuerte roble que la presta abrigo.

Dios haga que vivamos siempre así, y que nuestras almas unidas por la fe, unidas por Dios, unidas por un santo y sublime amor, se encuentren en el cielo algun dia con el alma de mi pobre madre, que hoy será feliz sin duda viéndole á V. rejenerado por el arrepentimiento, y amando y creyendo en el Dios á quien ella amó tanto.—ELENA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.